

EL MAGREB Y EL PROCESO EUROMEDITERRANEO. UNA PERSPECTIVA EUROPEA Y ESPAÑOLA

POR PEDRO LÓPEZ AGUIRREBENGOA

PLANTEAMIENTO

¿Qué es el Magreb?

La denominación árabe del Magreb, "Djazirat-Al- Maghrib" o "Isla de Poniente", define su situación geográfica en la ribera mediterránea del continente africano, separada físicamente de Europa y alejada por la barrera desértica del Oriente o Mashrek y del África subsaheliana. Al mismo tiempo que establece la distinción entre dos realidades subregionales distintas, aunque con el mismo substrato étnico, religioso y cultural de la arabización e islamización (1), enriquecido en cada caso con otros aportes históricos que les son específicos como la base bereber. Más recientemente, han compartido una similar experiencia colonial. Tienen también estructuras socio-económicas afines.

(1) Los países del Magreb siempre constituyeron una entidad geo-política diferenciada dentro del Mundo Árabe. El proceso de arabización y de islamización se lleva a cabo en el Magreb de manera diferente al Mashrek. Esa diferencia refleja, en realidad, las características propias del proceso de adaptación al mundo árabe islámico de estas dos zonas geográficas. El Magreb tiene una población autóctona muy distinta de la de las zonas desérticas de la Península Arábiga, con sus propias pautas lingüísticas, sus instituciones políticas y modelos de integración social, muy diferentes de los del Mashrek. Esa actitud diferenciada hacia la arabización no se reflejará, solamente, durante el período de conquista sino que también tendrá su manifestación reciente con el surgimiento árabo-islámico. El Magreb percibe y vive las diferentes causas árabes de manera distinta al Mashrek, aportando su mediterraneidad.

El núcleo magrebí está compuesto por Marruecos, Argelia y Túnez, a los que se han añadido posteriormente Libia y Mauritania, países de transición por el sur y por el este. Más recientemente Egipto, país árabe con profundas raíces africanas y vocación de nexo entre el Magreb y el Mashreck, al que más propiamente pertenece, ha expresado con cierta insistencia su deseo de incorporarse al proyecto de la Unión del Magreb Árabe (UMA). Tal pretensión no deja de suscitar dudas en cuanto a su coherencia y hay que entenderla más como voluntad de estrechamiento de lazos políticos y económicos con esa subregión, con la que comparte otras circunstancias, como la pertenencia a la Organización para la Unidad Africana (OUA).

Sin embargo, no puede decirse que el Magreb árabe haya tenido históricamente unidad política, con la excepción del breve periodo almohade. De hecho, la misma ocupación otomana, unificadora política de la *umma* islámica, o comunidad de creyentes —con la peculiaridad de Marruecos, a quien no alcanzó dicha ocupación y cuyo Sultán ha tenido siempre la condición religiosa de *Amir-al-muminin*— permitía, a través de su flexible sistema de *vilayas*, un autogobierno que preservó la identidad local. Por otra parte, las raíces históricas de Marruecos como nación no son comparables con la vivencia de su vecinos. Podemos resumir diciendo que, hasta este siglo, los europeos no contemplaban al Magreb, como algo con entidad común y diferenciada. El Norte de África era más bien una noción geográfica, que a veces se englobaba bajo el término de “Berberia”. Existía ya una conciencia magrebí pero ésta no se plasmaba todavía en términos políticos.

El Magreb de la era colonial

Como ocurrió con el resto del mundo árabe, la colonización tendría una incidencia distinta en cada caso, según las circunstancias en que se produjo. Fue, por ejemplo, mucho más desvertebradora en el caso de Argelia que en el de Marruecos, cuya esencia como nación quedó intacta a manos de sus protectores. La idea de unidad magrebí emerge en buena parte como fruto de la presión colonial europea decimonónica y aparece en figuras tan diversas como del sahariano Chej Ma-el-Ainin, que pretende reeditar la epopeya almorávide y ocupar el trono del Sultán, o la de

(2) De hecho cabe considerar que el origen de la conciencia magrebí estuvo en la protesta del Sultán marroquí, Mohammed Ibn Abdallah, a Francia en el año 1.711, a raíz de los

Ali Bacha Amba en 1908 (2). Inicialmente, esos movimiento independentistas magrebíes tienen un impulso unificador (3). El reparto y ocupación colonial alumbró respuestas nacionalistas orientadas a la lucha en común contra el colonizador, en buena parte alentadas por la misma influencia de las filosofías políticas europeas laicas, o por el “viento de la descolonización”, que impulsó el Presidente norteamericano Wilson en 1919 con sus famosos 14 puntos, que constituían un llamamiento a la autodeterminación de los pueblos de la región. Así, en 1923 se crea en París el Movimiento argelino l’Etoile Nord Africaine, que aspira a la unificación de todo ese área (4). Pero la concepción política del Magreb, como unidad, tardará en nacer. El proceso de diferenciación se irá consolidando durante las primeras décadas de este siglo y alcanzará su punto de inflexión con la eclosión nacionalista y la independencia de todos estos Estados, a finales de los 50 y comienzo de los 60.

El reparto colonial de la fachada del Norte de África determinó que sólo tres países europeos Francia, Italia y España, trabasen relaciones profundas con esta zona. Los restantes países de Europa quedaron prácticamente ajenos a ella, si exceptuamos el interés británico por controlar el Estrecho de Gibraltar, lo que explicará la internacionalización de Tánger y su intento previo a finales del siglo XIX de situarse en la zona de Tarfaya (5). Alemania, por su parte tuvo algunas pretensiones limitadas en el área, ligadas a su dialéctica con Francia y Gran Bretaña y su única intervención militar importante en el área fue con motivo de la II Guerra Mundial y la campaña del General Rommel.

El Magreb de la descolonización

En la segunda mitad del presente siglo, que estamos a punto de clausurar, un conjunto de acontecimientos decisivos han transformado pro-

bombardeos de Bizerta y del Sous. Esta protesta y el llamamiento en 1908 del nacionalista tunecino Ali Bach Amba, son las dos referencias históricas más significativas en la andadura conceptual del Magreb.

(3) Los intelectuales y políticos magrebíes partían de tres ideas : La necesidad de lograr una integración regional, como paso previo para alcanzar la unidad árabe (al-Watan al-Arabiyya), que pudiese luego desembocar en la creación de la comunidad de creyentes (al-UMMA al-Islamiyya); la reacción ante la colonización europea; el deseo de establecer un marco político más amplio, que permitiese satisfacer las aspiraciones de los pueblos magrebíes.

(4) “L’Etoile Nord Africaine”, fue cuna de la mayoría de los políticos nacionalistas magrebíes.

(5) La factoría de MacKenzie instalada en 1873 y que tuvo poca continuidad.

fundamente las coordenadas globales que regulaban la vida y acontecer de toda la cuenca mediterránea. Esos acontecimientos marcan, para el Mediterráneo en su totalidad, para el Magreb, para las relaciones euro-mediterráneas y para el papel de España en ese contexto, un claro antes y después.

El fin de la Segunda Guerra Mundial fija el punto de partida de las innovaciones que conforman la nueva realidad mediterránea. Arrancan de inmediato dos procesos, claves y condicionantes, la Guerra Fría y su legado, y la descolonización de toda la ribera sur mediterránea.

En la estela del proceso de independencia y de sus consecuencias políticas inmediatas en las relaciones inter-magrebíes, la diferencias ideológicas y la pugna por los intereses nacionales acabaron poniendo sordina al inicial impulso unitario del Gran Magreb. En 1945 se constituye en El Cairo la Liga Árabe y se crea el Comité de Liberación del Magreb, que pretendía unificar la descolonización bajo el signo de la contraposición a Europa, pero después cada uno siguió por su camino, pero la idea del estado-nación se impone sobre el esfuerzo unitario (6). Todavía en 1958 bajo el impulso de Marruecos, adelantado en la independencia, se celebra en Tánger la Conferencia de Unificación del Magreb (7). Marruecos ayuda decididamente, política y materialmente a la independencia argelina, en la que tuvo un destacado papel el llamado "grupo de Uxda", pero poco tiempo habría de transcurrir entre el logro de esta (1962) y la "guerra de fronteras" entre ambos países en octubre de 1963, que la OUA logró detener un año después imponiendo su criterio del respeto a las fronteras heredadas de la descolonización. Sin embargo, el problema de la delimitación de la frontera sur-oriental está todavía pendiente de una solución definitiva. Entre Argelia, Túnez y Libia no faltaban tampoco este tipo de problemas.

En otro ámbito, la reivindicación marroquí sobre Mauritania y el Sahara, centrada después en este territorio y en ambos casos contestada por

(6) La independencia de Argelia supondrá un profundo cambio en la concepción y filosofía del proceso de integración. El "Estado-Nación" surge con toda su fuerza en el Magreb. Se deberán configurar las fronteras, y las viejas aspiraciones de unión política se abandonarán.

(7) Con la independencia de Túnez y Marruecos, se vive un nuevo impulso unitarista, que tiene su máximo apogeo en la Conferencia de Tánger de 1.958. En ella, cuatro partidos magrebíes: el Istiqlal y la USFP, por Marruecos, el Neo-Destour burguibista y el FLN argelino, hacen votos de acelerar el proceso unitario. Se elaboró, incluso, un proyecto de Constitución Magrebí con la intención de establecer un sistema federal.

Argelia, se inscribe en el marco más amplio del contencioso argelino-marroquí y de su rivalidad por el liderazgo político en el Magreb y su proyección hacia la banda subsaheliana. Libia, por su parte juega sus cartas en este escenario, en el que Túnez se encuentra en un equilibrio incómodo. Hubo momentos, como los de las conferencias tripartitas — Marruecos, Mauritania y Argelia— del inicio de los años 70, en que el contencioso intermagrebí parece encontrar avenencia y acomodo en la presión conjunta sobre España, para que acepte la descolonización del Sahara (8), pero es un mero espejismo y en el momento en que nuestro país empieza a dar pasos irreversibles en el sentido solicitado, el conflicto rebrota con toda la fuerza conocida.

De hecho, tras el acceso a la independencia, cada país magrebí siguió una pauta distinta y la idea de la unidad del Magreb quedó desvanecida. Hay que añadir que el escenario político internacional bipolar y de la guerra fría y su proyección en el Mediterráneo no alentaban otra cosa, dada la amplia divergencia ideológica existente en el área (9).

Tal situación no permitía una aproximación inter-magrebí, aunque no faltaron algunos intentos, como la Conferencia de Ministros de Economía del Magreb, celebrada en Túnez en 1964 bajo la inspiración del socialista marroquí, Abderrahim Buabid, y se creaba un Comité Consultivo, que no llegó a desarrollar su labor. Se buscaba, inspirándose en los avances europeos ideados por Monet, una integración económica que permitiese por esa vía una convergencia magrebí que no facilitaba la situación política. El acceso al poder de Bumedien en Argelia, en 1965, da pie a un nuevo concepto el del Magreb de los Pueblos, que después retomaría Gadafi bajo el prisma panarabista. Se inicia así una positiva etapa de colaboración económica que durará hasta 1.975, año en el que el conflicto del Sahara dio al

(8) La tesis era en esencia que se trataba de una cuestión magrebí, que se resolvería a ese nivel tan pronto España pusiese término a su ocupación colonial. Algunos, como Gadafi, la justificaban añadiendo la consideración de que España, por su amistad con los árabes, tenía que poner fin a la incongruencia de ser la única que, junto a Israel, continuaba ocupando un territorio árabe.

(9) La marginalidad relativa en que quedaba el Magreb con respecto a la tensión Este-Oeste durante el periodo de la guerra fría proporcionaba a sus países, actuando como "no alineados", un peculiar margen de maniobra con los bloques y su equilibrio estratégico bipolar basado en el "suma cero" de la disuasión nuclear. El fin de la guerra fría entrañaría un cambio radical, en lo geopolítico y lo estratégico. Desaparecido el equilibrio de bloques se evidenciaban más los vacíos en la identidad estratégica y geopolítica mediterránea, adquiriendo más importancia el aspecto subregional y los componentes no militares que afectan a la seguridad. Los países del sur vieron su valor estratégico modificado.

traste con estos proyectos. Desde entonces el Magreb atravesaría un largo período de enfrentamientos y rivalidades, con intentos por establecer distintos ejes y alianzas, como el Tratado de Fraternidad y Concordia firmado el año 1.983 por Túnez, Argelia y Mauritania (10), y el Tratado de Uxda del 13 de agosto de 1.984 entre Marruecos y Libia (11).

A la vez que la falta de entendimiento magrebí impedía una construcción euromediterránea a nivel subregional, las relaciones con la ribera norte eran esencialmente bilaterales, predominando las establecidas entre los países europeos y sus ex-colonias, fruto de los acuerdos de independencia, o las derivadas del influjo de las superpotencias y de la política de bloques. La entonces Comunidad Económica Europea (CEE) empieza a desarrollar, como veremos, su marco de relaciones con el sur, pero estas serían fundamentalmente de carácter económico.

La Unión del Magreb Árabe

Entre 1984 y 1986 se produjeron diversos avances en las relaciones bilaterales entre los países magrebíes, sobre dos ejes, la Unión Árabe Africana entre Marruecos y Libia y el Tratado tripartito entre Argelia, Túnez y Mauritania. Estas iniciativas no llegaron a prosperar ya que a ambas les faltaba un elemento fundamental, la participación conjunta de Marruecos y Argelia. Confluyeron además otros factores, como la presión internacional ante el insólito entendimiento entre Marruecos y Libia. A partir de 1986 se produce un deshielo en las relaciones argelino-marroquíes, rotas desde 1977, que conduce a la Cumbre de 2 de mayo de 1987. Paralelamente, tiene lugar, tras la llegada al poder en Túnez del Presidente Zine el Abidine Benali (7 de noviembre de 1987), un acercamiento a Libia.

El restablecimiento de relaciones diplomáticas (16-5-1988) entre Marruecos y Argelia, rotas en 1977, conduciría a la celebración de la primera cumbre magrebí de Jefes de Estado en el Palacio de Zeralda en

(10) Aunque buscaba alcanzar una integración económica, tenía calado político. Se subrayaba el carácter de complementariedad de los países magrebíes y el concepto de frontera pasaba a ser "un espacio de coexistencia" y no una barrera de separación.

(11) Reflejaba la tradicional vocación unitaria árabe. Redactado por el jurista francés Vedel, ponía más énfasis en los aspectos políticos y de seguridad, y menos en los de integración económica.

(12) Asistieron Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania, y con la firma del Tratado de Marrakech, nace oficialmente la Unión del Magreb Árabe, (UMA), presidida por el Rey de Marruecos.

Argel, el 10 de junio de 1988, como manifestación del espíritu de reconciliación, lo que permitiría la posterior Cumbre de Jefes de Estado de Marrakech (17-2-89) y en la constitución de la Unión del Magreb Árabe (UMA) (12). Era el primer proyecto unionista de entidad, desde la Conferencia de Tánger de 1958.

Junto a las circunstancias de índole política que favorecieron el proceso concurrían importantes motivaciones económicas, entre ellas el fuerte avance en el proceso de unión europea, con la firma de la adhesión de España y Portugal en 1985 y el nuevo entorno internacional que abría la puerta al fin de la guerra fría y la bipolaridad. Frente a todo ello los magrebíes empiezan a cobrar conciencia de que no les queda más alternativa que la unión regional, buscando un modelo que logre la difícil síntesis entre la modernidad representada por el impulso europeo y su identidad, enraizada en los valores árabes e islámicos.

El preámbulo del Tratado de Marrakech reitera los principios enunciados por la Declaración publicada al término de la Cumbre, con un lenguaje realista en el que no se ocultan las limitaciones de mínimo común denominador alcanzado, sobre el que habrá que construir en el futuro. Se establecen como instituciones de la UMA: el Consejo Consultivo, el Consejo de Ministros, la Comisión de Seguimiento, un Órgano Judicial y la Secretaría General.

El objetivo de los cinco países miembros es de "preservar la independencia de cada uno de ellos", con un sistema de seguridad colectivo frente al exterior de alcance no muy definido (13) que se complementa con disposiciones de seguridad interna (14).

La evolución en el desarrollo del Tratado de Marrakech ha sido reflejo del posterior curso de las relaciones intra-magrebíes. De julio de 1990 a abril de 1994 se sucederían sesiones del Consejo y se prepararon numerosas resoluciones que en su mayoría habrían de quedar después sin efecto. La inicial presidencia marroquí fue un momento de esperanza e ilusión, seguido de una consolidación institucional bajo la tunecina, mientras

(13) El artículo 14, establece que "toda agresión contra un Estado miembro será considerada como una agresión contra todos los demás miembros".

(14) El artículo 15 prohíbe toda acción u Organización en el territorio de cualquier país miembro "que afecte a la seguridad, integridad territorial o régimen político de los demás países miembros", así como participar en una alianza política o militar, dirigida contra la integridad territorial o independencia política de otro país miembro.

que la sucesiva argelina puso énfasis en el desarrollo de la cooperación económica, con miras a crear una zona de libre cambio antes de finalizar 1992; lograr la unión aduanera antes de 1995; establecer un mercado común para el año 2.000 y el objetivo a largo plazo, de la unión económica de los países. Libia aportaría su voluntarismo panarabista.

A pesar de la fuerte convergencia en las políticas económicas nacionales, de reforma y ajuste estructural, lo que debería proporcionar la base para el desarrollo de la cooperación regional y el aumento de los intercambios, el peso de los factores políticos continuó frenando el proceso. Así, la UMA se vio afectada por el embargo internacional impuesto a Libia, que rehusó a asumir su dirección a principios de 1995. Otro factor determinante fue la evolución de la situación interna de Argelia. El Consejo Consultivo no se reuniría a partir de 1992 y las consecuencias del atentado islámico en el hotel Atlas de Marraquech en 1994, con un nuevo deterioro de las relaciones argelino-marroquíes y el cierre de fronteras entre ambos países, seguido de rebotes de tensión bilateral en torno a la cuestión del Sahara, produjeron la paralización de la UMA.

El lanzamiento del nuevo proceso euromediterráneo derivado de la Conferencia y Declaración de Barcelona de 1995, con la exclusión temporal de Libia a causa de su situación internacional y con Mauritania con un status de invitado especial a las Conferencias ministeriales, ha hecho que no existiese cara al mismo una política conjuntada magrebí y su coordinación se ha producido hasta ahora en el más amplio marco árabe.

Los tres eventos trascendentes de este año en el escenario magrebí — la llegada a la presidencia en Argelia de Abdelaziz Buteflika, consolidada su legitimidad democrática por el resultado del posterior referéndum sobre la Concordia Nacional; el positivo curso de los acontecimientos en Marruecos tras la sucesión del Rey Hassan II por su hijo el Rey Mohamed VI, que aportará sin duda un nuevo aliento magrebí; y la normalización de la situación internacional de Libia— auguran un renovado clima de acercamiento y concordia para el desarrollo de la UMA.

De hecho los primeros signos en tal sentido se produjeron ya antes del fallecimiento del Rey Hassan II y aunque posteriormente ha habido declaraciones argelinas, con motivo del referéndum —que hay que estimar circunstanciales— que han menguado el tono del inicial de una pronta normalización entre Argelia y Marruecos y de relanzamiento de la actividad de la UMA, el clima general es ahora bien distinto y prometedor.

Los días 16 y 17 de mayo de 1999 se celebró en Argel la XXXV Reunión del Comité de Seguimiento de la Unión del Magreb Árabe (15). Estuvo enfocada a hacer un balance y clarificar la situación actual de la Organización y estudiar el establecimiento de un calendario de reuniones y de una serie de medidas que puedan llevar a una celebración, más adelante, de una reunión de Ministros de Asuntos Exteriores y, por último, de una futura Cumbre de Jefes de Estado. Por otra parte se ha evidenciado el deseo de los países magrebíes de coordinar más estrechamente en el futuro sus posturas en relación con la asociación euromediterránea y sus relaciones con la Unión Europea, para hacer llegar las preocupaciones específicas magrebíes.

Predomina la impresión de que el relanzamiento de la UMA será paso a paso y llevará tiempo resolver las dificultades subyacentes, como los problemas políticos derivados de las relaciones bilaterales entre países miembros, o los que atañen a sus respectivas economías, afectadas por la transición económica y social, pero hay que mirar al futuro con optimismo. La Unión Europea seguirá siendo el punto de referencia, y el proceso euromediterráneo en su conjunto, como veremos, puede ser más o menos lento, pero difícilmente reversible. Esto conlleva, necesariamente, un desarrollo subregional en el Magreb y el Oriente Medio.

Es por todo ello importante profundizar en el análisis de los diversos sectores de la sociedad civil magrebí interesados en la cooperación subregional y en las cuestiones que esta plantea a los gobiernos y principales fuerzas políticas de cada país, así como su conexión con el proceso euromediterráneo en su conjunto (16).

15) La iniciativa surgió del encuentro de los Ministros magrebíes reunidos al margen de la Conferencia Euromediterránea de Stuttgart, pero el impulso inicial correspondió, con toda probabilidad, al Presidente de Túnez durante su visita a Marruecos, en la que puso especial empeño en presentar la mejoría de la relación tunecino-marroquí con una contribución a la edificación magrebí y a la voluntad y el deseo convergente con el Presidente argelino Buteflika, de mejorar las relaciones con los países vecinos y tratar de dar contenido a la Organización. La mejor situación internacional de Libia ha podido suponer un elemento coadyuvante a la idea de relanzamiento.

16) En este sentido la red de Institutos de Política Euromesco, que opera en el marco del Proceso de Barcelona, dedica particular atención al tema a través de la labor desarrollada desde abril de 1998 por el Grupo de trabajo sobre la cooperación política y de seguridad, con estudios sobre el Magreb y el Oriente Medio, y en el primer ámbito con ponencias específicas sobre las condiciones políticas y sociales que condujeron a la creación de la UMA y a su posterior congelación, así como las perspectivas y prioridades subregionales para el futuro. Un texto con conclusiones provisionales fue presentado en la reunión de Valencia de noviembre de 1998 y actualmente se está preparando un informe final en el que se recogerán las conclusiones y recomendaciones para que el Proceso de Barcelona pueda constituir un verdadero "motor" de la cooperación subregional en el Magreb y el Oriente Medio.

Cabe añadir que el desarrollo de la cooperación magrebí debería facilitar, a su vez, que esa cohesión subregional se proyecte en el ámbito de su participación en las organizaciones e instituciones árabes, africanas e internacionales de las que son miembros, reforzando así su papel.

EL PROCESO EUROMEDITERRÁNEO

¿Qué es y cómo se plasma el proceso euromediterráneo?

Europa y el Mediterráneo han estado a lo largo de la historia profundamente vinculados. No hay período histórico en el que los intereses europeos no se hayan visto afectados, directa o indirectamente, por la evolución y el desarrollo de los distintos acontecimientos en la cuenca mediterránea.

Siendo ello evidente, también lo es que desde el final de la Primera Guerra Mundial y la desmembración del Imperio Otomano (17) el conjunto de la mirada europea hacia el Mediterráneo ha estado más dirigida a la ribera oriental. La II Guerra mundial y su prolongación en la bipolaridad y la guerra fría, la creación del Estado de Israel y subsiguiente conflicto con los árabes, el cierre del canal de Suez, la importancia estratégica del petróleo, son algunos de los eslabones de un acontecer que justificaría esta fijación, junto con otros riesgos de inestabilidad, como la disputa greco-turca y la más reciente emergencia en aquel área del fundamentalismo islámico. Solo en un periodo mucho más recientemente han aparecido renovados signos de interés en la “Europa del Norte” hacia el área magrebí que, no lo olvidemos, constituye la más inmediata frontera sur de Europa.

(17) La antigua “cuestión de oriente” adquirió un nuevo sesgo con los esfuerzos de Francia e Inglaterra para asegurarse una presencia en la zona, cuyo futuro ya empezó a trazarse en el Acuerdo Sykes- Picot (1916), por la irrupción en escena del sionismo político, alentado por la Declaración Balfour (1917). La atención se centró en la cuestión de Palestina y el futuro Mandato británico —decidido en 1920 por la Conferencia de San Remo, confirmado por el Consejo de la Liga de las Naciones el 24 de julio de 1922 y que habría de entrar en vigor el 22 de Septiembre de 1923— así como el que Francia obtendría sobre el Líbano. El sueño unitario árabe, alentado por las promesas británicas durante la guerra, quedaría a la postre frustrado, con la emergencia de un mosaico de nuevos estados árabes en el Oriente Medio, cuyos gobernantes rivalizarían entre sí por el liderazgo y los intereses nacionales. Un buen análisis del proceso internacional de liquidación del Imperio Otomano y de los acuerdos de paz que lo sancionaron es el realizado por David Fromkin en su obra *“A peace to end all peace”*, 1989, Avon Books, N.York.

El proceso euromediterráneo es el fruto de una gradual concienciación en ambas riberas sobre la necesidad de crear un marco nuevo de relación multilateral y global, en un mundo que camina inexorablemente hacia la globalidad de planteamientos. Esa necesidad venía por otro lado determinada por el mismo hecho de la construcción europea y su ampliación a los países del este.

Entre los precedentes que sirvieron de inspiración al proceso que culmina en la Declaración de Barcelona de 1995, figura prominente la Declaración de Helsinki de 1975, en la que por primera vez se establecía un claro nexo entre la seguridad europea y la seguridad en el mediterráneo y sus ulteriores frutos. En las postrimerías de aquellos años 70, se fueron de hecho alumbrando iniciativas que luego se irían concretando gradualmente. Entre ellas cabe recordar la desarrollada por Francia, Italia y España, que dio lugar a la Conferencia Regional del Mediterráneo Occidental, que lanzara François Mitterrand en 1983; las dos reuniones del "Foro Mediterráneo" en 1988-1989 (Marsella y Tánger), transformadas en 1990 en "Grupo 5+4" y en 1991 en "Grupo 5+5", que más tarde daría lugar a la renovada versión del Foro Mediterráneo de 1993, a iniciativa egipcia.

Paralelamente, la Unión Europea, antes Comunidad Económica Europea, había sustituido la "política global mediterránea", que venía aplicando desde 1972 (18) a países terceros del área, por otra "renova-

(18) Los países del Magreb fueron objeto de consideración en la CEE dentro del contexto de su política mediterránea. Después de haber firmado varios Acuerdos aislados a partir de 1957, en 1972 la Cumbre de París reafirmó la importancia de incentivar las relaciones con los países mediterráneos de una manera "global y equilibrada". Los acuerdos posteriores a 1976, con los principales países del Magreb, son acuerdos de asociación y definen las condiciones relativas a los intercambios de productos industriales y agrícolas, así como la cooperación financiera y técnica, de medio ambiente, etc. Establecen, además, los órganos institucionales encargados de procurar el desarrollo de las relaciones. Contrariamente a los países ACP, los acuerdos con los países mediterráneos no son acuerdos establecidos de grupo a grupo ya que, hasta ahora, éstos no podían reagruparse y negociar colectivamente. Los acuerdos se concluyen según un modelo único y son semejantes para todos los países mediterráneos asociados. En 1982, la Comisión elaboró una nueva definición de la política mediterránea, que fue completada en 1985, justo antes de la adhesión de España y Portugal a la Comunidad, con vistas a encontrar soluciones a las consecuencias negativas que eran previsibles, por la ampliación, en las exportaciones de los países mediterráneos. Con la intención de mantener las corrientes tradicionales de los intercambios, el Consejo Europeo (30 de marzo de 1985) dio una nueva orientación a la definición de la política global mediterránea, con el fin de corregir los problemas estructurales de la zona, por medio de: (1) la reducción de la dependencia alimentaria; (2) la búsqueda de una mayor complementariedad económica (cooperación industrial, desarrollo de las fuentes energéticas, formación, investigación y tecnología); (3) el mantenimiento de la cooperación regional. Sin embargo, este esquema de

da" (19), precursora de Barcelona, de mayor previsión financiera para la cooperación.

La nueva situación internacional surgida con el fin de la Guerra Fría y de la desaparición de la bipolaridad, proporcionaron el contexto internacional necesario para avanzar en ese nuevo enfoque de las relaciones euromediterráneas. España e Italia promovieron por entonces el proyecto, que acabaría no prosperando, de una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, siguiendo el modelo de la CSCE (Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa), con un sentido más global, que abarcaría a la Unión Europea, los ribereños del Mar Negro, todos los mediterráneos y los países del Golfo, además de Estados Unidos, Canadá y la URSS. Se contemplaban tres "cestos", similares a los que más tarde se incorporarían a la Declaración de Barcelona.

El desenlace de la crisis provocada por la invasión iraquí de Kuwait en Agosto de 1990, con la posterior Guerra del Golfo, avivó la necesidad de alcanzar una solución para el conflicto árabe-israelí, como paso necesario para poder establecer un nuevo orden regional. Fruto de ello sería la Conferencia de Paz para Oriente Medio en 1991. No es ocioso recordar el hecho de que Madrid fuese su sede, escogida por los copatrocinadores y las partes, lo que avalaba la credibilidad alcanzada por nuestra política mediterránea.

El desarrollo del marco establecido en Madrid en las negociaciones bilaterales arabo-israelíes y en particular los avances logrados en la banda

relaciones no parecía en los últimos años responder ya a las exigencias y demandas de los distintos países PTM (Países Terceros Mediterráneos), aunque no sería justo que no se reconociesen algunos resultados positivos de esos 14 años de política mediterránea, ya que si los países del sur no hubiesen tenido ese apoyo de la Comunidad es probable que su situación económico-social hubiese sido hoy todavía menos favorable. Ello no quiere decir que la Comunidad no hubiese podido hacer más y mejor.

- (19) El proyecto de "Política Mediterránea Renovada", en el que tuvo un papel clave el entonces Comisario Abel Matutes, fue presentado en el Consejo Europeo de Estrasburgo. Durante las presidencias irlandesa e italiana se celebraron distintas reuniones para hacer avanzar la propuesta. Aunque todos los países comunitarios coincidían en la voluntad de "dar un salto cualitativo y cuantitativo en las relaciones con esta región...", frente a la tesis de algunos de que bastaba con reforzar la política e instrumentos ya existentes, ampliar tímidamente los paquetes financieros y mejorar las concesiones comerciales, para la mayoría de los miembros mediterráneos, la dinámica de la región exigía un planteamiento más político, que llevase a un verdadero cambio institucional. Se necesitaba institucionalizar las relaciones al igual que se había institucionalizado el diálogo político y económico con otras regiones del mundo, con una aproximación global. La Presidencia italiana logró que se aprobase la propuesta.

israelo-palestina (20), proporcionaron un entorno propicio para que Francia, España, Italia y Portugal aunasen sus esfuerzos y reformulasen sus propuestas a fin de alcanzar una política euro-mediterránea capaz de encarar, desde la globalidad y la multilateralidad, los importantes retos del área. Los Consejos Europeos de Lisboa (junio de 1992), Corfú (junio de 1994) y Essen (diciembre de 1994) fueron los eslabones que definieron el proyecto. Las Presidencias de Francia y España de la Unión Europea en 1995 resultarían determinantes y el resultado sería la Conferencia Euro-mediterránea de Barcelona (27-28 de noviembre de 1995), su Declaración Final y su Programa de Trabajo. Sus tres Capítulos (*Político, Económico, Cultural y Humano*) concebidos desde la interactividad de su contenido, sentaban las bases de un sistema novedoso de articulación global de las relaciones en este área.

Su lógica estriba en que la cooperación política, económica y social, conducente al desarrollo, la modernización y la creación de un espacio de prosperidad compartida, serán los sillares de la estabilidad y lograrán la paz en la zona. En pocas palabras: el desarrollo no es posible sin la paz y sin esta no hay desarrollo.

El concepto de estabilidad invocado en Barcelona no tiene un sentido estático, sino dinámico, asociado al desarrollo de los principios y las directrices incorporadas a la misma. Entre los primeros, cabe recordarlo, se incluyen: el respeto mutuo y de las obligaciones derivadas del derecho internacional y de los instrumentos regionales de los que los miembros son parte; la igualdad soberana, integridad territorial y no intervención en asuntos internos; la igualdad de derechos de los pueblos, incluyendo el derecho a la autodeterminación; el Estado de derecho y los principios democráticos esenciales así como las libertades fundamentales políticas y civiles, que no pueden disociarse de un modelo de desarrollo más equilibrado para la región; la diversidad, pluralismo y tolerancia; la solución pacífica de conflictos.

Para hacer frente a este reto, las ideas de base incorporadas a la Declaración de Barcelona requieren:

- Un suficiente grado de consenso sobre la generalización y consolidación de los valores democráticos.

(20) Acuerdo de Oslo firmado en Washington en 1993, Acuerdos de El Cairo de mayo de 1994, y Acuerdo Interino de 1995.

- Un nuevo concepto global de la seguridad en la región basado en relaciones pacíficas, cooperación, y un sistema de garantías y controles recíprocos.
- Una política social orientada al aperturismo y la tolerancia de los valores de los demás, junto con la búsqueda de un común denominador.
- La reducción de la asimetría existente entre los niveles de integración y desarrollo socio-económico en los ejes Norte-Sur y Sur-Sur.
- Una sinergia positiva y convergencia entre los procesos existentes en el área, trabajando para lograr una mayor cooperación y la integración de las políticas en los diversos campos.

El proceso euromediterráneo combina un amplio abanico de dimensiones interdependientes, que se deben reforzar mutuamente. En ese sentido, los Acuerdos de Asociación entre la UE y los países del Sur, cuya bilateralidad complementa Barcelona, constituyen un poderoso instrumento para promover dicha convergencia.

El objetivo es promover no sólo una relación integral Norte-Sur, cuyo ambicioso propósito inmediato está en la creación para el 2010 de una zona de libre comercio, como instrumento clave de esa construcción euromediterránea de un área de prosperidad compartida, sino también una asociación subregional. Se parte de la conciencia de la indivisibilidad esencial de los procesos políticos, la seguridad, el desarrollo socio-económico y el entendimiento entre culturas y civilizaciones. Todo ello debería, a su vez, constituir un soporte para la construcción de la “paz de los corazones”, ayudar a poner fin a los conflictos existentes y evitar en lo posible la aparición de otros nuevos, o su contención y encauzamiento pacífico.

Sólo desde esa perspectiva, participativa y colectiva, que proporciona el marco multilateral, a su vez apoyado por el bilateral, es posible concebir con cierto optimismo el futuro del Mediterráneo y del Magreb. Sólo a través de él cabe augurar con cierta confianza, la necesaria convergencia de los diversos sistemas ideológicos, atenuar en lo posible las importantes disparidades socio-económicas, atemperar los excesos de los nacionalismos exaltados y sus secuelas y, en definitiva, hacer frente a la conflictividad que pone en entredicho la paz, la estabilidad y la prosperidad de toda la región.

Desde esta filosofía, Barcelona fue concebida en relación con el Oriente Medio como un proceso “post pacem”, en un momento en el que

el proceso parecía estar encauzado y con solución al alcance de la mano. Barcelona pretendía ayudar, a través de la creación de una sinergia positiva, a la resolución de los conflictos y tensiones en la región, pero no trata de sustituir a los procesos específicos ya existentes en la misma.

El desarrollo del proceso de Barcelona

Los efectos negativos sobre el proceso de Barcelona del estancamiento del Proceso de paz en el Oriente Medio se hicieron claramente visibles (21).

La II Conferencia Ministerial Euromed en Malta (1997) fue por ello un momento álgido pero, a pesar de sus dificultades, constituyó igualmente una ocasión de reflexión. Se empezó a avivar a ambos lados del Mediterráneo la conciencia de los peligros que se derivaban de convertir el proceso de Barcelona en un rehén permanente del PPOM cuando, sin ignorar la inevitable conexión, la globalidad y alcance del primero debería situarlo en un plano en el que pudiese desarrollar los principios y objetivos compartidos formulados en la Declaración y el Programa de Trabajo.

La Conferencia Ministerial ad hoc de Palermo, celebrada en Junio de 1998 y encargada de evaluar la andadura del proceso evidenció, a pesar de las citadas dificultades, una clara y compartida voluntad política de mantener sus avances y llevarlo a ulteriores desarrollos, ya que los intereses comunes y globales a largo plazo dan al proceso un fundamento de solidez. La III Conferencia Euromediterránea (Stuttgart 15-16 Abril 1999) ha confirmado el cambio de Palermo y ha consolidado sustancialmente el proceso en sus tres Capítulos.

El diálogo político reforzado no se puede construir sobre modelos abstractos y está inevitablemente asociado al debate sobre todas las cuestiones claves de los tres capítulos de la Declaración, dentro de un espíritu de asociación, que quiere decir tarea compartida y construcción en común

(21) Especialmente en el capítulo político de Barcelona, pero también en otros aspectos, como la posibilidad de desarrollar la cooperación subregional. Para los miembros árabes de Barcelona su aceptación de participar con Israel en este esfuerzo debía ser una consecuencia del avance del PPOM y la cooperación que entrañaba constituía una compensación: detenido el PPOM no era lógico que Israel obtuviese dicho beneficio. Lo mismo se aplicaba a los cauces propios del PPOM, en su banda multilateral, como la Conferencia Económica MENA.

Por ello, el carácter global de la seguridad euromediterránea y el concepto de seguridad cooperativa deben prevalecer sobre planteamientos de seguridad colectiva, de corte estratégico tradicional. Es importante en este sentido la cooperación transnacional en los múltiples aspectos contemplados en Barcelona que inciden en la seguridad interna de los países asociados (droga, crimen organizado, violencia, terrorismo, migración clandestina) pero también otros, como la estabilidad social, la seguridad alimentaria, el acceso a los recursos energéticos e hídricos, etc).

El diálogo político reforzado debe, en primer término, asegurar un consenso y respeto de los principios esenciales de la Declaración de Barcelona. En este sentido resulta alentadora la convergencia conceptual y la mayor confianza mutua que se ha ido creando, teniendo una particular importancia los planteamientos y las medidas de confianza que tengan este carácter y que afecten a aspectos sociales, culturales y económicos. Como tales debemos considerar los dos importantes diálogos ya iniciados, sobre lucha contra el terrorismo y sobre migración y circulación de personas, que Stuttgart decidió continuar.

Ahora, la atención está centrada en el instrumento evolutivo y marco de referencia que se pretende alcanzar con el proyecto de "Carta de Paz y Estabilidad", cuya elaboración está en curso, según lo establecido en Stuttgart. Está previsto que la Conferencia intermedia a celebrar bajo presidencia portuguesa en el primer semestre del 2000, disponga ya de un avance de los trabajos y que el texto quede concluido para la Conferencia ministerial de finales del 2000 bajo presidencia francesa. Deseamos que, para entonces, concurren las circunstancias políticas que permitan su adopción.

En el futuro habrá que encarar otros retos más ambiciosos, como el control y limitación de armamentos o el establecimiento de un instrumento regional de solución de conflictos.

Existe una conciencia compartida en ambas riberas de que la prevista zona euromediterránea de libre comercio tendrá efectos positivos a largo plazo y creará dificultades a corto como consecuencia de los cambios en el Sur. Esto requiere un continuado esfuerzo europeo asistencial para paliar sus costos sociales y riesgos consiguientes para la estabilidad. Un compromiso europeo de principio al respecto quedó ya reflejado en las conclusiones de la Conferencia de Stuttgart y habrá de plasmarse en la actual elaboración del paquete financiero MEDA II. Es también importante completar el entramado de los Acuerdos de Asociación y su puesta en

práctica, entre otras razones por su efecto de convergencia. Al mismo tiempo habrá que tener en cuenta la compatibilidad y refuerzo mutuo entre la zona de libre comercio euromediterránea y las que contemplan la Unión del Magreb Árabe, la Liga Árabe, y otros acuerdos bilaterales ya suscritos o que se suscriban entre los países del área.

El programa MEDA I, que concluye el presente año dando paso al MEDA II, actualmente en elaboración, es uno de los pilares en que se apoya Barcelona. Tiene su origen en la decisión del Consejo Europeo de Cannes de junio de 1995 de aprobar un paquete financiero global de cerca de 5 millardos de ECU,s. para la promoción de la asociación euromediterránea, es el principal instrumento de cooperación financiera y técnica de la Unión Europea con sus asociados mediterráneos. Con 3.424,5 millones de ECU,s. representa el 73% del presupuesto global dedicado a la cooperación con estos países, en cuyo marco, a su vez, las Facilidades de Ajuste Estructural (FAE) ocupan un lugar preeminente. En los ejercicios de 1996 y 1997 Marruecos ha recibido 120 millones ECU,s. y Túnez 100. Argelia se encuentra todavía en fase de negociación de su Acuerdo de Asociación, pero se beneficia igualmente del marco general de Barcelona.

Según las evaluaciones de la Comisión (22), en el periodo 1992-97 las economías magrebies han mejorado pero sin llegar todavía a los equilibrios a largo plazo caracterizados por la compatibilidad de un crecimiento del PIB del orden del 6 al 7 % y déficits presupuestarios y pagos exteriores soportables. Túnez es el país que más se ha aproximado al modelo de referencia, aunque su PIB debería aumentar para poder reducir una tasa de desempleo, en torno al 16%. Argelia, en cambio, está más alejada de estas referencias, aunque se aprecie un avance sustancial. La liberación del mercado de mercancías tiende a realizarse lentamente, por rigideces internas, especialmente en el mercado del trabajo, mientras que se ha avanzado en la reforma del mercado de capitales. En materia de reequilibrio de los sectores público y privado se ha tardado mucho en configurar los avances. Ha habido retrasos en el ámbito de la privatización, que probablemente se han debido más a dificultades políticas que a las inherentes a las propias empresas.

La Comisión Europea estima que, en conjunto, aunque en grados diversos, los apoyos al ajuste estructural en el marco de la PMR y después

(22) Informe de Evaluación de Abril de 1999.

del programa MEDA han sido beneficiosos, contribuyendo a una mejora de la situación macroeconómica, lo que permite, con una cierta estabilidad política, encarar reformas sectoriales cuya eficacia se proyectará en un horizonte más alejado. La Comisión ha sugerido un cierto número de medidas destinadas a optimizar este instrumento.

Como se insistió en la Conferencia sobre Cooperación Regional celebrada en Valencia en enero de 1999, la prosperidad y estabilidad de los países asociados reposa en buena parte en la intensificación de la cooperación intra-regional o subregional. En el plano económico la eliminación de las barreras a los intercambios debe llevar al desarrollo de economías de escala y abrir nuevas oportunidades de creación de mercados.

Conviene insistir en que los Estados no son los únicos actores. Para que el proceso euromediterráneo pueda prosperar en sus dos ejes, vertical y horizontal se requiere el convencimiento y participación activa de las sociedades civiles en las dos riberas. Junto al impulso que den los Estados, tanto en el capítulo político y de seguridad como en el económico-financiero y en el social, cultural y humano, el papel de la sociedad civil es clave en los dos últimos. Por otra parte, hay que evitar limitarnos a contactos en "circuito cerrado", que alcancen sólo a las élites —Institutos de Política (Euromesco), Económicos (FEMISE), Organizaciones no Gubernamentales (ONG,S.), mundo académico—, y concienciar al hombre de la calle.

Los procesos políticos, económicos y sociales, impulsados por los tecnológicos, avanzan con una dinámica que no siempre se corresponde con el ritmo que la opinión es capaz de entender, asimilar o aceptar. Uno de los problemas de Barcelona es que no tiene una suficiente proyección en la sociedad civil. Ello hace que sea poco entendido y no ilusione todo lo que debería.

Los países magrebíes y el proceso euromediterráneo

Marruecos, Argelia y Tunes son miembros tanto del proceso de Barcelona como del Foro Mediterráneo y en términos generales participan de forma constructiva y activa en sus reuniones y actividades, aunque Marruecos mostraba hasta no hace mucho un cierto excepticismo y distanciamiento, quizás por la coyuntura regional y porque siempre ha mostrado una preferencia a mantener relaciones bilaterales y privilegiadas con la UE. Su actitud ha cambiado y es un dato muy positivo. Libia,

excluida temporalmente de Barcelona y del Foro por sus circunstancias internacionales se encuentra en vías de normalización que permiten contemplar su próxima plena incorporación al proceso euromediterráneo. Mauritania es invitado especial en Barcelona hasta que no se resuelva la disyuntiva de su permanencia en el marco de Lome o su plena incorporación a Barcelona.

Los países magrebíes forman parte del grupo árabe de Barcelona y como tales participan en su coordinación de posturas y se ciñen a las decisiones colectivas árabes en cuanto al proceso, muy influidas por la paralización sufrida por el proceso de paz en Oriente desde 1996. Un ejemplo es el rechazo de albergar en su territorio actividades de Barcelona, debido a la presencia de Israel. Inicialmente, ese rechazo árabe se refería solo a las Conferencias ministeriales pero después se extendió al resto de los eventos. En todo caso, las posturas de Tunes, Marruecos y Argelia, respetando lo esencial de la actitud común árabe, son más flexibles que las de Siria, secundada por Libano. Egipto y Jordania, que tienen ya acuerdos de paz con Israel, coinciden con la referida flexibilidad magrebí, pudiendo decirse algo similar de los palestinos, que tienen un diálogo abierto con Israel. De hecho, han actuado de forma habitualmente conjuntada, moderando eficazmente las posturas sirias y han apoyado puntos clave, como la redacción de la prevista Carta de paz y estabilidad, el desarrollo de algunas medidas de creación de confianza —hoy se denominan de construcción de la asociación—, y los importantes diálogos sobre terrorismo y sobre migración y circulación de personas, que por su propia naturaleza constituyen medidas importantes de creación de confianza. También se ha manifestado ese apoyo magrebí a través de su labor en el marco del Foro Mediterráneo, que ha venido actuando como laboratorio de ideas y promotor de las mismas en Barcelona (23).

Los tres países magrebíes se muestran propicios al diálogo sobre seguridad, pero entienden que debe de tener por objeto la creación conjunta entre las dos riberas de un concepto y marco específicamente euromediterráneo. La desconfianza ante ciertas iniciativas europeas, como las

(23) Foro Mediterraneo está actualmente compuesto por España, Francia, Italia, Portugal, Grecia, Malta, Marruecos, Argelia, Tunes, Egipto y Turquía. Fué importante impulsor de la idea de Barcelona y desde su reunión ministerial de Argel (1997) seguidas de las de Palma de Mallorca (1998) y Malta (1999) ha confirmado su personalidad diferenciada y utilidad, por su carácter informal y flexibilidad, como laboratorio de ideas mediterraneas por países ribereños, fuertemente orientado a servir de promotor del Proceso de Barcelona.

eurofuerzas, se ha ido diluyendo, si bien siguen siendo sensibles y demandan transparencia e información europea.

En el plano económico cabe recordar que Túnez ha sido el primer país magrebí en alcanzar la firma y puesta en práctica de su Acuerdo de Asociación con las Comunidades Europeas, seguida por Marruecos, mientras que Argelia está en fase de negociación del mismo, que todavía puede prolongarse. La parte argelina hace notar que este acuerdo traerá consigo la pérdida de 150 millones de dólares/año en concepto de lucro cesante en aranceles, por lo que pide se estudien las debidas compensaciones. Túnez ha expresado ciertas quejas sobre las consecuencias iniciales del Acuerdo y Marruecos parece desear la modificación de algunas cláusulas del suyo, cuya entrada en vigor está prevista para el 1 de enero de 2000.

Las quejas magrebíes en cuanto al proceso de Barcelona han coincidido en la lentitud y dificultades que encuentran en la puesta en práctica de los programas MEDA, al tiempo que desean un mayor protagonismo del Comité de Barcelona. Han abogado por el aumento del esfuerzo financiero europeo y la dedicación de un mayor porcentaje a la cooperación subregional. Son igualmente sensibles a la cuestión de los Derechos Humanos, ante una actitud de la Unión Europea que estima les discrimina, si se compara con otros tratados, por ejemplo con el reservado a Israel. Aducen, en general, que la UE ha transformado el marco de Barcelona en un asunto burocrático que gira sobre sí mismo, a causa del desvío de interés de los 15 hacia temas como el Euro, la ampliación o la reforma institucional. Resaltan su deseo y necesidad de recibir mayores inversiones europeas, como clave de su proceso de reformas. En lo referente al tercer capítulo (temas culturales, sociales y humanos) su interés se centra sobre todo en los temas de emigración y movimiento de personas, al considerar que constituye un elemento esencial para el desarrollo del Proceso de Barcelona y la participación en él de la sociedad civil, criticando el sistema de visados Schengen, que estiman es incompatible con el espíritu de Barcelona.

Los países magrebíes han mostrado cierto, por otra parte infundado, recelo ante la Estrategia Común para el Mediterráneo de la Unión Europea. Argumentan que, aunque están de acuerdo en que su elaboración y adopción es una cuestión interna de la Unión, se trata de una reflexión de los 15 sobre el Mediterráneo, que en tal sentido afecta al Sur, por lo que desean una transparencia informativa hacia ellos por parte europea, lo cual es debidamente valorado por la Unión Europea.

La situación de Libia ante el proceso euromediterráneo

Libia no participó en la Conferencia y Declaración de Barcelona al considerarse que su situación internacional y las resoluciones del C.S. no permitían su presencia. Deste entonces, la postura de los Miembros de la UE, se mantuvo invariable en sentido de que, si bién era deseable la futura incorporación de Libia, no resultaba posible contemplarla hasta que no se resolviese su indicada situación internacional. Paralelamente, por parte árabe se ha venido insistiendo en el deseo de la incorporación de Libia. En el marco del Foro Mediterráneo el planteamiento ha seguido la misma pauta con la novedosa apertura propuesta en 1998, por entonces Presidencia española del mismo y aceptada por el resto de los Miembros, de que en lo sucesivo la Presidencia saliente diese cuenta informal a los libios del contenido y conclusiones de las Sesiones Ministeriales.

Tras el acuerdo finalmente suscrito por Libia para encauzar el asunto Lokerbie, el 25 de Abril del presente año, el Consejo de Seguridad suspendía la aplicación de las sanciones contra Libia, lo que facilitó su presencia en la Conferencia Ministerial euromediterránea de Stuttgart (15-16 abril 1999), como invitada de la Presidencia Alemana, aunque sin voz ni voto. La Conferencia decidió que Libia entrará como miembro de pleno derecho en el proceso de Barcelona cuando Libia acepte la Declaración y su posterior desarrollo. Sobre esa base y como situación transitoria, se ha invitado a Libia a asistir a las reuniones de Altos Funcionarios y del Comité de Barcelona, igualmente sin voz ni voto, lo que ocurrió, por primera vez los días 7 y 8 de junio. En cuanto a su plena incorporación, y teniendo en cuenta la resolución de Stuttgart, bastará con una decisión del Comité de Barcelona, cuando cumpla los requisitos indicados. Por lo tanto, se puede concluir que en estos momentos la decisión depende de que Libia asuma formalmente los compromisos necesarios.

En lo que atañe al Foro Mediterráneo, actualmente bajo presidencia portuguesa, es de prever que se planteará igualmente la incorporación de Libia, aunque en este caso puede resultar más compleja ya que se sitúa en un contexto que va más allá de tal incorporación individualmente considerada. En efecto, los criterios mantenidos hasta ahora por las últimas Conferencias Ministeriales con respecto a la ampliación del Foro ha sido la de consolidar antes su actual estructura. Además, existen otras demandas de adhesión que forman un paquete en el que probablemente resultará difícil que concurra el necesario consenso de sus actuales miembros. El Foro adoptó desde la reunión ministerial de Palma de Mallorca, bajo

presidencia española, una política de información a Libia sobre el desarrollo de las Conferencias Ministeriales.

Mauritania y el proceso euromediterráneo

Mauritania ha sido invitada especial a las Conferencias euromediterráneas y está presente en el Proceso de Barcelona, a través de presencia en la coordinación interna del grupo árabe, aunque sin formar parte de él. España, como Francia, han venido apoyando el deseo mauritano, también endosado por el grupo árabe, de una mayor implicación. Sin embargo, después de analizar las ventajas e inconvenientes de una plena incorporación al proceso de Barcelona, lo que entrañaría su salida del marco de Lome-APC, las autoridades mauritanas parecen haberse finalmente decantado por permanecer en este último, que les proporciona mejores posibilidades de cooperación económica. Dada la pertenencia mauritana al Magreb y su calidad de miembro de la UMA se ha suscitado la posibilidad de llegar a una solución para que tenga una mayor conexión con el proceso de Barcelona. En tal sentido se está considerando cual podría ser la fórmula más apropiada, por ejemplo un sistema de consultas periódicas con los miembros de Barcelona, la Presidencia y las instancias responsables de la Unión Europea.

El Magreb debería ser un adelantado de la construcción euromediterránea

Si miramos al Magreb desde las anteriores perspectivas y convencimientos, y si lo hacen así los propios magrebíes, los conflictos y diferencias pendientes en la subregión pueden adquirir otra dimensión, de encuadre y entorno más propicio para su solución mirando al futuro, que permita, por eso mismo, superar las dificultades inherentes a enfoques meramente bilaterales o nacionales, costreñidos por el peso del pasado o las realidades del presente.

Marruecos y Argelia, que son los dos principales actores magrebíes, por su peso nacional y porque están en el centro del arco subregional, tienen el difícil reto y responsabilidad, pero también el trascendente papel de actuar como impulsores de la construcción magrebí. Su entendimiento y cooperación solidaria es una clave para la estabilidad y futuro de toda la región.

Sobre esas premisas y aplicando todos el "espíritu de Barcelona", los litigios pendientes en el Magreb, por insolubles que a veces parezcan, son encauzables y el proyecto de la UMA tiene garra suficiente para una solución en que todos encuentren una convergencia y satisfacción de sus propios intereses nacionales. El futuro del Magreb no está en la separación o división, sino en la progresiva unión, respetando la identidad de cada uno. Su mayor coherencia, si lo comparamos con la complejidad del Oriente Medio, debería permitir que el Magreb sirviese de adelantado y ejemplo en la cooperación subregional euromediterránea.

El futuro del proceso euromediterráneo

Nos encontramos en el umbral de una nueva década, siglo y milenio. Es anímicamente importante ya que se asocia con la idea de cambio, pero es que, además, estamos realmente viviendo un cambio a escala mundial en todos los órdenes. También lo estamos viviendo en el Mediterráneo. Nuestro acontecer en el entorno de este mar, se ve cada vez más influido en todos los ámbitos por los efectos de la globalización. Lo vemos en lo económico, en lo político, y en el ámbito social y cultural. Ello aviva nuestros retos en áreas claves como el desarrollo tecnológico, la sociedad de la información, las comunicaciones, los fenómenos migratorios y un largo elenco de cuestiones que están en el ánimo de todos y en nuestra vivencia diaria.

Tenemos puesta nuestra confianza en el "espíritu de Barcelona" y todo nuestro empeño, como europeos y mediterráneos, en el desarrollo del contenido de la Declaración de Barcelona. No es el único proceso multilateral que existe en el Mediterráneo, pero sí el más calado, junto con el

(24) Teniendo en cuenta lo establecido en el Tratado de Amsterdam en sus Artículos 11, 12 y, en particular, 13.2.: *"El Consejo Europeo determinará las Estrategias comunes que la Unión deba aplicar en ámbitos en los que los Estados Miembros tengan importantes intereses en común. Las Estrategias comunes definirán sus objetivos y duración, así como los medios que deberán facilitar la Unión y los Estados Miembros"*.

(25) Capítulo VII (Preparación de la aplicación del Tratado de Amsterdam), Apartado 74: *"El Consejo Europeo ha invitado al Consejo, de conformidad con las recomendaciones contenidas en su informe, a definir estrategias comunes sobre Rusia, Ucrania y la región mediterránea, teniendo especialmente en cuenta el Proceso de Barcelona y el Proceso de Paz de Oriente Medio, así como sobre los Balcanes Occidentales, que han entendido que la primera estrategia común se referirá a Rusia. A la hora de definir otros temas para estrategias comunes, deberán tomarse también en consideración cuestiones temáticas"*.

Proceso de Paz en el Oriente medio, ambos diferenciados pero estrechamente vinculados. Así lo confirmaron los Ministros en la última Conferencia Euromediterránea de Stuttgart (15-16 de abril de 1999).

También se ha tenido muy presente por la Unión Europea cuando las Conclusiones de la Presidencia del Consejo de Viena (11-12 de diciembre de 1998), desarrollando lo previsto en el Tratado de Ansterdam (24), incluía entre las estrategias a desarrollar la del Mediterráneo (25), con mención específica de ambos procesos.

Las incertidumbres y dificultades son todavía importantes y el camino largo, pero se puede decir que el proceso de Barcelona es, para sus miembros, la mejor opción disponible. Durante décadas de inestabilidad en la región nunca se había intentado o sido posible algo similar.

Por otra parte, el "espíritu de Barcelona" y los principios a que hace referencia la Declaración del mismo nombre, se refieren en primer término al enfoque de la relación euromediterránea, pero componen, además, un cuadro de valores de carácter universal y por ello trascienden. Son las bases hoy generalmente aceptadas por la comunidad internacional, para lograr la paz, la estabilidad, la cooperación y un desarrollo que lleve a la prosperidad compartida. Promover el espíritu de Barcelona y proyectarlo en el Mediterráneo en sentido lato, sus áreas adyacentes y a nivel internacional, es una tarea especialmente importante.

Un elemento determinante es la capacidad y convencimiento de Europa de actuar como parte activa y eficiente en la solución de los conflictos y problemas de la región así como en la aplicación del espíritu de Barcelona. La Carta de paz y estabilidad contemplada en Barcelona, cuya redacción los ministros encomendaron en Stuttgart a los altos funcionarios, con el horizonte ya preciso de la próxima Conferencia ministerial, en el segundo semestre del 2000, es el instrumento llamado a reforzar el componente multilateral y global en sus ejes Norte-Sur y Sur-Sur. Esperamos que, para entonces, concurren además las circunstancias políticas que permitan su adopción.

El clima general ha cambiado significativamente y a lo largo de 1999 se han producido signos positivos, acompañados en algunos aspectos de avances importantes (26). Estos cambios en el escenario regional, y espe-

(26) En el Oriente Medio, con un giro fundamental en las perspectivas del Proceso de Paz árabe-israelí tras la llegada al poder en Israel de Barak; la tranquila sucesión en la

cialmente lo que esperamos sea un avance decisivo en el proceso de paz en el Oriente Medio, ofrecen así una singular oportunidad, que no se debe malograr, de desarrollar el conjunto del proceso euromediterráneo y los diversos ámbitos de la cooperación subregional. Para ello es preciso el esfuerzo conjunto, de todos, desde las dos riberas.

Hoy, Europa, junto con los Estados Unidos y el area Japón-Asia, constituyen los tres polos económicos más importantes a escala mundial. Como tales compiten entre sí, reforzando sus relaciones de solidaridad con sus áreas complementarias más afines. De esa sana competencia se deriva un efecto interactivo global, a veces negativo, por ejemplo, en el traslado a otras áreas de los efectos de las crisis económicas, pero que en conjunto constituye un poderoso impulso de progreso.

Los Estados Unidos, vinculados con Europa por los fuertes lazos y valores compartidos —que se plasman en la relación transatlántica con la Unión Europea y en la Organización del Atlántico Norte y la OSCE— ejercen un liderazgo mundial, con presencia e influencia de gran alcance en el contexto mediterráneo. Sin embargo, la distancia física norteamericana de esta región hace que su enfoque no tenga el componente de multilateralidad que impone a los europeos su vecindad y una problemática norte-sur que es ajena a las prioridades norteamericanas en la zona o que, por lo menos, no se plantea con la misma intensidad y efectos.

Los Estados Unidos han centrado su política mediterránea en consideraciones estratégicas básicas globales —seguridad, acceso a recursos

Monarquía Hachemita de Jordania; un deseo de paz más acentuado en su componente temporal por parte de los palestinos y Siria; la reelección de Mubarak para un nuevo mandato presidencial en Egipto; y otros datos, como el de la recuperación del precio del petróleo y los nuevos recursos que comporta para los productores. En el Magreb, con un mejor clima y perspectivas en las líneas previamente indicadas. En los Balcanes, donde el desenlace de la crisis y tragedia de Kosovo comporta a la vez una lección que permite contemplar avances hacia su estabilización. En el Egeo, donde la reanudación del diálogo bilateral entre Grecia y Turquía apunta a la distensión y encauzamiento de su contencioso bilateral, lo que a su vez debería tener positivo influjo en la búsqueda final de un arreglo de la cuestión de Chipre. En el funcionamiento efectivo, en cuanto al apoyo al proceso de paz en Oriente Medio y las grandes cuestiones mediterráneas, de los fuertes lazos de la relación transatlántica que vincula a la Unión Europea y los Estados Unidos, aunque la primera desearía para sí misma un papel político más en consonancia con sus intereses políticos y esfuerzo económico. Los “diálogos mediterráneos” impulsados por otras organizaciones e instituciones (OTAN, OSCE, UEO y Consejo de Europa), van ampliándose y adquiriendo mayor profundidad, asumiendo, desde el enfoque que hace de los mismos la Unión Europea, un papel complementario del proceso de Barcelona.

energéticos, etc.—, predominando una visión horizontal del área y un esquema de relaciones bilaterales con algunos países como pivote: (1) especial atención al arco de producción petrolífera que va desde Argelia a Afganistan así como en sus rutas de exportación. (2) asegurarse el liderazgo en el Oriente Medio, mediante la conservación de la iniciativa política y el control del proceso de paz árabe-israelí.

Sólo de forma reciente se ha podido percibir un mayor interés norteamericano por configurar su política en el área a nivel multilateral. Las dos iniciativas más destacables en tal sentido son las Conferencias económicas del Medio Oriente y Africa del Norte (MENA), que tenían un enfoque y objetivo precisos, de apoyatura al proceso de paz en Oriente Medio, y la llamada “iniciativa Eizenstat” para el Magreb, lanzada el pasado año y continuada en el presente con visitas a algunos países de la zona. Esta última se orienta al desarrollo de una área económica entre el Magreb y los Estados Unidos. Se encuentra todavía en sus albores y no parece contemplar, de momento, nada semejante a la dimensión de cooperación inherente al proceso de Barcelona.

Todo ello ha conllevado por parte de Washington una tendencia a limitar el papel político europeo en el proceso de paz en Oriente Medio, quedando subrayada su importancia en el plano económico así como en otras áreas de construcción de la cooperación subregional. Sin embargo, es evidente el peso político que da a Europa la amplitud de sus relaciones bilaterales y multilaterales con los actores regionales, y las raíces comunes en que se fundamenta. Estas atañen al pasado y al presente pero tienen, sobre todo, un enorme potencial de futuro y el “espíritu de Barcelona” es el marco que se antoja más coherente para poder superar los lastres del pasado y crear entre sus pueblos una cultura común de pacífica convivencia, confianza y cooperación. Una paz “fría”, es decir sin ese componente, no sabría crear la respuesta a los retos que plantea el siglo XXI.

Rusia, por su parte tiene intereses importantes mediterráneos, sobre todo en su parte oriental, derivados de su vecindad de la zona y su acceso por el Mar Negro. En su intervención en el Foro de Formentor (23 de octubre de 1999) el Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, expresó su apoyo al proceso de Barcelona, por el que siempre ha mantenido un visible interés, invocando al mismo tiempo un sistema más amplio de seguridad regional, sugiriendo la complementariedad con la OSCE, que se apresta a aprobar en la próxima Cumbre de Instambul la Carta Europea de estabilidad y seguridad.

El siglo XXI tiene que ser el de la consolidación de la relación euromediterránea. Esta ha tenido hasta ahora un tono político menor que hay que modificar. El Mediterráneo debe ser el eje de globalización regional.

Es igualmente importante establecer una sinergia positiva con el papel de otras organizaciones regionales o subregionales directa o indirectamente relacionadas con el área (Liga Árabe, Organización para la Unidad Africana y los diversos “diálogos mediterráneos” de organizaciones europeo-occidentales —OTAN, OSCE, UEO, Consejo de Europa).

La “estrategia común sobre el Mediterráneo” de la Unión Europea, que España ha venido inspirando desde su génesis, quiere ser una señal política de la importancia que la Unión atribuye a la relación euromediterránea y su valor añadido está en el carácter que se le pretende dar, como instrumento interno de la Unión para coordinar y dar mayor eficacia y coherencia a la labor de sus órganos competentes en el seguimiento de la problemática del área, así como de su acción al respecto en los diversos niveles internacionales que tienen que ver con el Mediterráneo.

El proceso de Barcelona ha extendido la mediterraneidad de los ribereños al conjunto de los miembros de la Unión Europea, y esto se completará en la medida de las sucesivas ampliaciones. Pero no se puede pensar en este espacio sin considerar su proyección en áreas adyacentes, como el Mar Negro, el Caspio, el Caúcaso, o el Golfo, así como la dimensión africana que le dan sus ribereños árabes del sur. No se puede pensar en el Mediterráneo sin tener en cuenta la vecindad de Rusia y el papel de los Estados Unidos que, junto con Europa, deben lograr una “complementariedad activa” en la zona. Incluso una potencia económica tan alejada como el Japón tiene importantes intereses y amplias relaciones de dependencia energética con esta región, a la que viene prestando un significativo concurso, por ejemplo en el apoyo político y material al proceso de paz en el Oriente Medio.

ESPAÑA Y EL MAGREB

Nadie duda hoy de que España y el Magreb forman parte de una realidad histórica y geográficamente compartida. España ha tenido a lo largo de los siglos distintos períodos y ciclos en sus relaciones con la región magrebí. Muchos de ellos, inmersos en enfrentamientos y plagados de malentendidos, pero las cosas han cambiado. Nuestra histórica polariza-

ción en el Magreb ha perdido exclusividad pero ha aumentado sustancialmente en entidad.

Los últimos años han sido testigos de un cambio radical en la filosofía de nuestra relación con el Magreb. Ambas partes han comprendido y asumido la necesidad de revisar sus concepciones y de abordar el futuro con una aproximación distinta y sin prejuicios. Se debe desarrollar el nuevo marco de relaciones en la consolidación de la confianza mutua y de la complementariedad. En tal sentido se ha ido creando un creciente entramado de intereses mutuos que debería estimular la convergencia en todos los planos y evitar o reducir las diferencias todavía subyacentes o las eventuales vicisitudes de todo acontecer complejo, como lo es el escenario euromediterráneo. Desde esa visión España ha actuado decididamente como impulsor y catalizador de una nueva dinámica euro-magrebí en el marco euromediterráneo, tanto a nivel bilateral como multilateral.

Sin pretender entrar en un análisis pormenorizado de las relaciones bilaterales, que se aborda en otros capítulos de este trabajo colectivo, cabe resumir que la actividad española en el Magreb se centra en la defensa de nuestros intereses, mediante el impulso de un diálogo fluído con todos estos países y el establecimiento de una sólida política de diálogo, buena vecindad y cooperación, que ha sustituido a la política de "equilibrio" que manteníamos antaño. El progresivo refuerzo de nuestros intercambios comerciales y nuestras inversiones y cooperación, nos han proporcionado más solidez en las relaciones. Para el futuro, la clave de las mismas residirá en buena medida en el curso del proceso euromediterráneo y el desarrollo de los tres capítulos de la Declaración de Barcelona. En este sentido hay que reforzar la capacidad de innovación de la política exterior española en el área, para adaptar sus medios e instrumentos a la transición que se está produciendo, de forma que aquéllos resulten aptos para los fines que la acción de nuestro país persigue en el Magreb, tanto desde el plano bilateral como desde el contexto de nuestra pertenencia a la Unión Europea.

CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS

Europa debe continuar impulsando una visión equilibrada de sus relaciones con el Magreb, contener tendencias internas nacionalistas o xenófobas que las dificultan, mejorar la percepción recíproca y reforzar su política de cooperación, manteniendo el esfuerzo financiero. El Magreb, por su parte, debe asumir sus propias responsabilidades en el proceso de

reformas internas que hagan posible el desarrollo de la asociación euro-mediterránea. Esta no es sólo un proceso económico, sino que tiene una fuerte dimensión política, que requiere un nivel significativo de convergencia en elementos esenciales incorporados a los principios de la Declaración de Barcelona, así como una fuerte cooperación humana, cultural, científica y tecnológica. El proceso debe ser abierto en su doble vertiente interna y exterior, teniendo en cuenta sus elementos de pluralidad.

Los países del Magreb deben actuar desde el convencimiento de que los objetivos de Barcelona y entre ellos la creación de una zona de libre comercio, que es a su vez un instrumento para alcanzar la estabilidad y la seguridad con una prosperidad compartida, implica necesariamente un desarrollo y mejora de las relaciones de vecindad y de la integración subregional.

En el plano interno de los países del Sur es necesario que su transición y modernización se opere sobre la participación, negociación y consenso de las diversas fuerzas políticas y sociales, dentro de un desarrollo democrático basado en los principios asumidos en Barcelona.

Europa, centrada en su propia construcción interna, en el doble plano de la Unión Europea, y en el del futuro de la Europa central y oriental, ha sido quizás en el pasado menos dinámica de lo que cabía esperar en lo que se refiere a sus relaciones con el sur y este mediterráneo, pero ha despertado con fuerza y la construcción euromediterránea es actualmente uno de sus esfuerzos prioritarios. Tenemos que construir, entre todos, una cultura de paz y cooperación.

Ello hará necesaria una reconsideración del papel que con respecto a Barcelona tengan actores extra-regionales, por ejemplo, y en primer término, los Estados Unidos, pero también otros vecinos, como Rusia, sin cuya participación o anuencia no es concebible el desarrollo de áreas clave, como la de la seguridad. Europa habrá de considerar con los Estados Unidos y Rusia, en contacto con los asociados del sur, una cooperación activa y una coordinación de sus papeles respectivos.

Promover el espíritu de Barcelona y proyectarlo en el Mediterráneo en sentido lato, sus áreas adyacentes y a nivel internacional, es un reto "euromediterráneo" que puede suponer una importante e innovadora contribución al nuevo orden internacional, sumándose a las trascendentes aportaciones históricas que se han hecho, desde este mar, a la historia universal.

Quisiera concluir con aquella vieja máxima, atribuida a S.Agustín, “In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas”, término este último que podemos entender también como amor, comprensión o tolerancia. Es un canto a a la libertad de pensamiento, a la convivencia y al diálogo, espejo en el que quisieramos se reflejase la imagen del espíritu de Barcelona.